



Sangre a mares

*Fragmento de la obra “Cabañuelas de Pasión”*

*Reproducido con permiso expreso de su autor Luisfernando Palma Robles.*

*La imagen procede de una fotografía de Julia Hueso Egea.*

(...) El Cristo de la Sangre se me hacía gigante, en una cruz que hundía su extremo inferior en las profundidades del centro de la tierra verniano mientras que el superior sería acariciado por el Dios Padre de luengas barbas albas. Este Cristo imponente se me presentaba cual misionero que atravesaba las inmensidades de mares y océanos clavado en su cruz. Más que susto, provocaba en mí un respeto siseñoreado, quizá por eso me sonaba más adecuado llamarle Señor de la Sangre.

Alguna noche adelantadamente cerrada de invierno, después de haber memorizado los hijos de Jacob o algo por el estilo y con la repetición en mis adentros de lo aprendido, me alejaba por la diagonal de la Plaza Nueva, calle de Las Torres abajo, ventana baja del colegio con don Manuel Moreno -el profesor seglar que años después me abriría el maravilloso armario de la Literatura- enfrascado en la lectura de un grueso volumen tal vez escrito en inglés, hasta la iglesia que fue conventual de frailes mínimos. Allí, en la puerta cerrada de la Piedad, como en un reto, me asomaba para ver al Señor de la Sangre por la mirilla. Ésta era un colador que sólo dejaba pasar la esencia del misterio, reteniendo las impurezas de tantos tedios con los que convivía. Me sentía bastante Marcelino Pan y Vino; pero no en un convento de frailes, sino que sentía estar a la orilla de un inmenso mar, en el que a los lejos flotaba de pie el Crucificado, entreverado de muerte y vida. Infinitud de sangre y agua, como en los textos de la misa de aquellos primeros de julio.

Con posterioridad, el Señor de la Sangre en el mar me lo traería de nuevo el poeta José Bergamín en sus versos: "(... ) Tú en cruz anclado,

/ dando a la mar el último suspiro. / (. . .) O el mar o tú me engañan, al mirarte / entre dos soledades, a la espera / de un mar de sed, que es sed de mar perdido".

La contemplación de este Crucificado necesita de la celebración cantada de las tres horas agónicas de la cruz, celebración que fue impulsada por el jesuita Alonso

Messía en Perú en la segunda mitad del siglo XVII. Una versión genial de estas tres horas se debe al compositor napolitano Giuseppe Giordani, conocido como Giordaniello, y parece datar de 1793. Hace unos años descubrí esta maravilla musical, cuyo largo final adquiere para mí la categoría de lo sublime.

Cuando el jueves santo pasaba ante el balcón el Señor de la Sangre con su compañía de Virgen y Magdalena e inmediatamente la Piedra angustiada que cerraba el cortejo, tenía que irme rápidamente a dormir, como si fuera la noche de los Magos. Pronto sería la hora en que recibiría el regalo, también de magos, de revestirme de hermano de Jesús.

Pero mi retina había quedado tan impresionada por la tarde y por la noche con la riqueza policromática y de sentimientos que iban desde la Santa Fe hasta la Virgen de Piedra, que no resultaba fácil rendirse en sueños dormidos.

Pensaba que el Señor de la Sangre se perdería por la ciudad y de nuevo volvería desorientado a la Plaza Nueva. Yo estaría atento para descubrir nuevos detalles de aquel Calvario. (...)